

# *El trago del Paco*

Alberto Meza / Departamento of Romance Languages, Rutgers University

Sí, sentimos algo pesado, carnoso, atestado de saliva, como si el aire se llenara de una piel viscosa, húmeda, resbalosa; como si esa risa del ciego se transformara en una fría carne de molusco, de tripas rojizas de choro.

—Vamos, cómprate esos zapatos que tú dices. Yo me compraré un salchichón grande, jugoso. Tenemos que darnos gusto también. ¿No lo crees? Algún día tenemos que gozar los ciegos. Y si te pusieras a pensar en todos los gustos que se dan los que ven más te comprarías y más gozaríamos de la vida. Es que yo no les quiero, te lo confieso, me producen náuseas, María. Son tan desagradablemente satisfechos, posesivos. Si tú sufres, te aprecian y se apiadan de ti; pero si te ven que estás alegre, que algún momento de felicidad te inunda, entonces saltan con esa maldita frasecita que me revienta de rabia: “Se divierte el cieguito, ¿no? ¡Lo pasa bien para ser ciego!” No le dejan a uno ni siquiera el derecho de reír, o al menos de sonreír, de mostrar los colmillos como perro en celo. Nunca me podrán gustar los que ven. Y el sólo pensar que nuestros hijos llegarán a tener esa misma mentalidad, esos mismos defectos, me hacen odiarlos más. ¿Has visto la arrogancia con que Juanito me corrige?

...

Y, toscamente, había construido un atrapa-ratas; aunque en su limpia-sucia-hedionda habitación no hubiera migas que mondar. Sí, simplemente había agarrado unos pedazos de madera vieja, atado un par de alambres a un resorte y, a duras penas y dedos magullados, púsose a martillarlos con fruición (sólo pudo atravesar dos clavos de lado a lado de la tabla); siempre había pensado que el matar una rata probaría más que cualquier otra hazaña su capacidad ante los demás, al menos así lo creía en aquella época. Ya antes había construido una tremenda confusión de alambres y agujas; creo que fue cuando le impidieron corretear aquel plumífero descarado, erguido, patas azuladas, puntiagudas; aquel plumífero que detestaba el golpe del bastoncito de Tancredo. Aquel dueño y señor de todo lo que se arrojara al suelo o volara a corta distancia de su pico, en fin, de

---

aquel pelafustán del corral, que en más de una ocasión estuvo a punto de ser crucificado con toda pompa y ceremonia por los rapazuelos de los alrededores. Sólo les había faltado el tiempo . . . y la rapidez. Ese plumífero no corría, masturbaba el suelo con sus alas y espolones.

Tancredo lo había intentado aguachar; le tiraba algunas migajas; trataba de imitar el cántico de una gallina para despertar su lubricidad de cafiche insaciable; pero era inútil, se alejaba más y más del latente peligro . . . No era difícil imaginar la alegría del Policarpo al salir victorioso de cada embate de sus virtuales enemigos. Sacudiéndose, rascándose, Policarpo el gallo se las arreglaba para sacar lo mejor de cada momento de su vida. Y todo a costa de la furia de Tancredillo. Éste le envidiaba por la prestancia de su cantar, por ése no tener que hacer nada sino montarse a cuanta gallina viniera al corral o se presentara a las puertas del solar de los ciegos.

Pero una tarde de invierno, cuando ya se habían recostado todos en el hogar de los plumíferos, Tancredo tuvo la oportunidad de agarrar al maldito gallo. Creo que fue entonces cuando Tancredo se pudo dar cuenta de lo que eran la suavidad sensual, el tiritar salvaje de la bestia por desasirse de las manazas de Tancredo. Movía su cabezota y su cresta se convertía en gelatina hirviente; no acababa de moverse cuando sus alas golpeteaban todo el pecho y el vientre de Tancredo. ¡Qué sensación tenía! Las patas le herían más y más . . . Tuvo ganas de soltarlo, pero eso sería confesar su completa derrota; siguió apretando más y más. Sintió como un “crac”; estiró más el cogote porque creyó que éste se le escapaba. Siguió estirando . . . quedó con el cogote en la mano. Policarpo saltó de sus brazos, revoloteó ciegamente por entre los pies de Tancredo hasta quedar casi inmóvil, como una diva después de una aria difícil de vocalizar. Tancredo tanteó cerca del gallo; sólo pudo palpar el líquido caliente, espeso, lechoso.

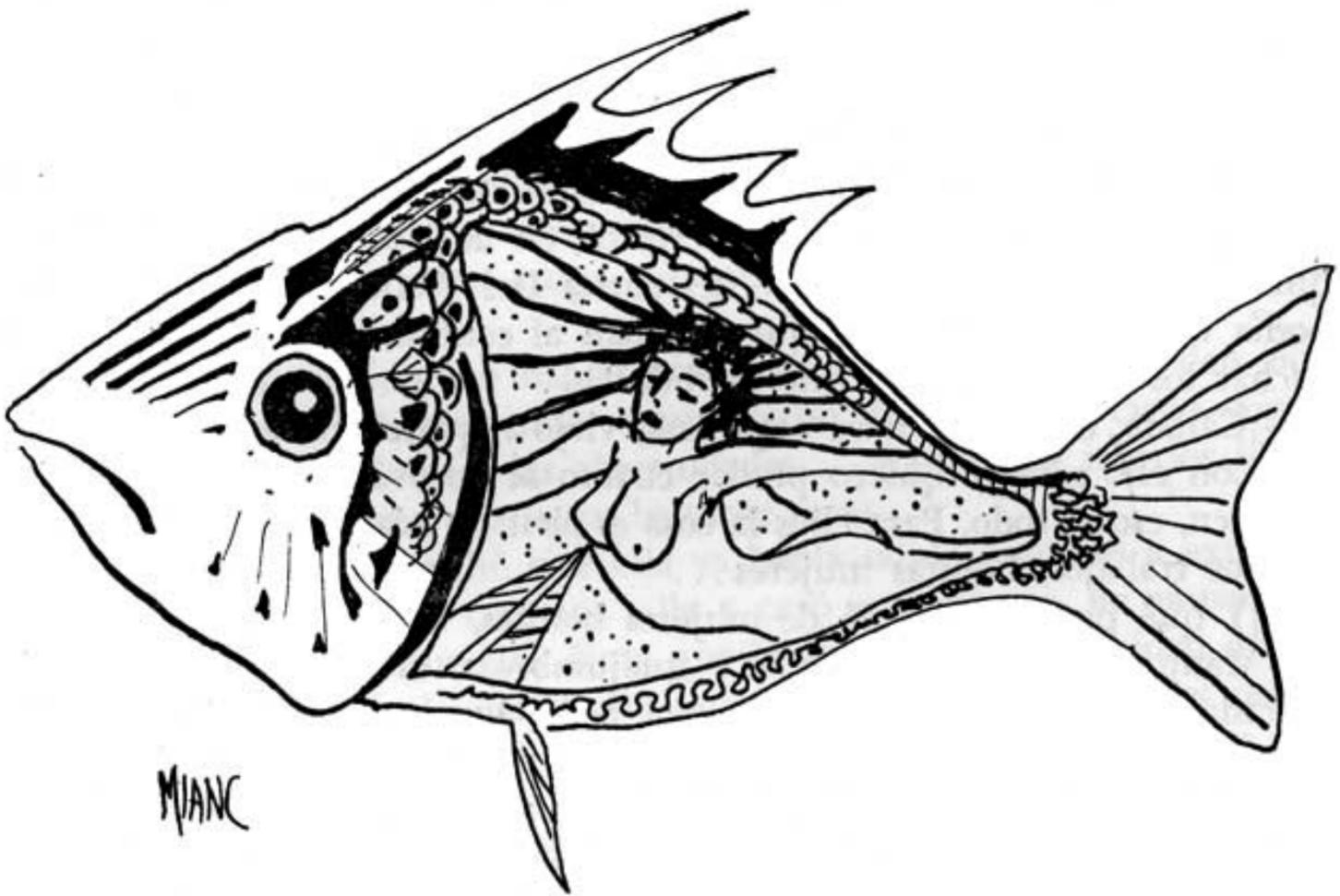
Dejó esa misma tarde el Hogar de Ciegos y vagó sin rumbo por los alrededores del pueblillo.

...

—Eso debería enorgullecerte; demuestra lo inteligente que es tu chico.

—No, no acepto esa petulante manera de corregirme. Es como si yo fuera un tarado de siete suelas; todo porque soy un ciego, un incapaz. Vamos, ve tú, observa con cuidado lo que te rodea. Ahora mismo, allá, afuera de la ventana, los que no son ciegos van decayendo más y más a cada instante, de día en día, de año en año. Si ya no podemos caminar por las calles que no nos topemos con autos, que no nos caigamos en hoyos. Aún recuerdo con alegría el día en que llegamos a este barrio, ¿recuerdas? Salté





del camión de fletes y me largué a tantear con mi bastón. Todo parecía un verde prado, ¡hasta parecía llegar a mis narices un incienso de naranjales y manzanos! No creía estar en una ciudad; todo era puro campo.

—Chist, Tancredo, mientras más gente haya en este mundo mucho mejor para nosotros, más nos toca a nosotros. ¡Qué importa que no se pueda caminar si lo que nos conviene es que entren los *billullos*!

—Bah, ya me tiene cabriado esto de mendigar todos los días. Me avergüenza tener que mantener estirada la mano hasta que pase el último



---

jetón de una función de teatro; el tener que mantener esa cara de hambre por horas. El padre Del Piano lo decía en el Chocolate para Ciegos de la otra semana, en otros países hay fábricas con sencillos trabajos para ciegos, aquí uno debe ganarse el salario comiendo mierda . . .

—¡Qué hablas tanto del curita ése; desde cuando estás tan pollerudo!

—Bueno, déjame que te cuente. Oye tú, en un tiempo viví en la Parroquia El Espejo; era el sirviente del curita Del Piano. Por cierto que no podía ver a las muchachitas que llegaban al confesionario, pero podía escuchar los quejidos . . . ¡Y qué quejidos! . . .

—¡Cállate, cierra esa boca asquerosa, viejo requetecochino!

—Con ello sólo te quiero probar cuánto se aprovechan de nosotros los que ven, eso es todo. Para ellos la cosa es fácil; se adaptan más fácilmente: buenos trabajos, bonitas mujeres . . .

—¡Y qué puedes decir tú de mujeres bonitas, viejo enclenque!

—Manuel, el de la voz suave y quejumbrosa, el que se recuesta a la entrada del Cementerio General para pedir limosna, me lo ha contado. Fue para el entierro de un señor de cierta importancia. Una mujer, sollozante aún, se le acercó y le ofreció llevar a su casa para prepararle un almuerzo como las gentes. Manuel, más tiritón que una garganta de sapo, no se atrevió a decir nada y subió al coche. Llegar a la casa y pedir que no le mirara la cara al comer, fue una sola cosa para Manuel. Y es que para los que tienen vista ver comer a un ciego es algo horripilante. Manuel se escapaba como podía a las miradas posibles de la señora aquella; pero no por eso dejaba de echarle y echarle al buche, enjuagándolo todo con bastante mosto. Bebió mucho. Se sintió otro hombre. De repente ella se le fue encima con lo que Dios la había echado al mundo; fresca, llena de vida . . .

—Manuel no cabía de su asombro, la tocó infinitas veces para sentirse seguro que era verdad. No se sentía bien Manuel con tanta luz que calentaba las cuencas de sus ojos y le producía tan desagradable escozor. Pidió ir a la otra habitación y apagar la luz para estar en igualdad de condiciones. Una piel tan suave, tan olorosa, palpitante; Manuel jamás sabría su nombre y ni le importaba. Las que ven son hermosas, no cabe la menor duda. Cuando ríen, lo hacen con toda la boca, estremeciendo todo lo que haya a su alrededor, moviéndose como serpientes.

Era un cuerpo  
marcado de caricias.

Era el cuerpo  
de mi amada.



---

Yo le había tatuado  
sus formas a  
golpe de besos  
y manotones.

—Quiso darle dinero. Manuel no lo aceptó. Es él el más honesto y buenmozo del Hogar de Ciegos. Hasta sabe tocar el piano. ¿Lo has escuchado alguna vez? Si vieras cómo palpa esas teclas, como si fueran teticas de mujer...

—Calla, viejo cochino, no hables tantas suciedades que te pueden oír. Miren qué mujer más asquerosa, aprovecharse de un pobre ciego. Sigue contando; pero eso sí, evita las obscenidades... ¿Qué ropa interior llevaba?... La gente rica usa unas cosas bastante raras...

—Cuando Manuel escuchó que ella ya había salido, empezó a explorar la habitación. Se tropezó con una silla y cayó envuelto en un murmullo de enaguas, tibias, perfumadas. Notó que le atraía más la sedosidad de esa enagua que la piel de la mujer. De repente tocó algo así como el pecho femenino... naturalmente, se asustó. Su imaginación voló por muchos paisajes; su cuerpo se estremeció. Era esa misma carne blanducha, elástica...

—Ya, ya, les conozco, son postizos de espuma. Se los ponen las mujeres para atraer la atención...

—Bueno, pero déjame terminar. Al volver la señora, le dijo: "Mira, tú sí que tienes una carita de ángel", y Manuel no aguantó más, la cogió de un brazo y la abofeteó a gusto, furioso. Ella no había cumplido con su promesa de mantener la luz apagada y de no mirarle la cara.

—¡So, bruja! Además que me parece una barbaridad que tenga que buscar ciegos para satisfacer su instinto de perra en calentura. ¿Le costaría mucho agarrar uno que no fuera ciego?

Siguieron tanteando con el bastón investigador, ese dedo largo, prolongación inútil de un tacto sobre una superficie resbaladiza. Atravesaban un largo pasadizo cuando, de mala manera, un hombre que hedía de lejos a empleado público, a salario escaso, a oficina pública, a pantalones raídos y brillosos, a zapatos que se sostienen por milagro a una suela proteica, les impetó:

—¡Ah, diablos, todavía ciegos a esta hora! ¿Quién puede empezar bien un día hoy por hoy? ¡Parece que lo hicieran adrede para deprimirlo a uno!

Al final del pasadizo había una entrada que marcadamente olía a vino de segunda mano, a "trago del paco". Allí se dirigieron rengueando. El trago era malo; ella, en la cama era desgarradoramente desagradable, una gallina en corral ajeno... una pobre ciega fea...

